

COMO COMBATEN LOS REYES ROJOS

HE aquí cómo, huidizo como era, havió el supremo torneo trascendental nuestro juglar, el que amaba las aves y fotografiaba en diminuta película la luz de la luciérnaga. No falta la ironía en la versión egureniana de esta lucha en la que, por no sucumbir, la mayoría de los hombres ponemos énfasis supino. El ojo del poeta ve por fortuna distinto y mejor, y transforma esencias y realidades en maravilla superior, en alta verdad.

Desde la aurora combaten los reyes rojos, con lanza de oro.

Por verde bosque y en los purpúreos cerros vibra su ceño.

Es sin duda, la imagen deformada, lunática, esperpéntica de algo trágico que amenaza la existencia. Vibra el ceño de los combatientes dentro de un paisaje cuya policromía se nos antoja cruenta, despiadada. La lanza de oro —¿metal vil?— chisporrotea e ilumina con resplandor sobre-real aquellos cerros y aquel bosque infaustos. Mas sus figuras, conforme el ojo del poeta se aleja de ellos, se disminuyen y ridiculizan.

Por la luz cadmio,

airadas se ven pequeñas sus formas negras.

"Airadas se ven pequeñas", ¿no es una expresión apesadumbrada? Posiblemente no para todos. Hay pesadumbre y hay sarcasmo. Ya sólo son dos sombras ajenas a nosotros, dos formas amonigotadas que se hieren sin sangre.

Viene la noche y firmes combaten foscos los reyes rojos.

A allí se quedarán siempre, firmes, hasta que todo esto se acabe. Y "todo esto" es la vida, la muerte, el dolor, la lucha. ¿Se negará que el poeta se ríe, desde su nuevo mundo eterno, de los o tres o diez reyes rojos que combaten sin pausa?

REPOSO PARA UN DIOS Plomizo, carminado y con la barba verde, el ritmo pierde el dios cansado.

Y va con tristes ojos por los desiertos rojos, de los beduinos y peregrinos.

Mirad a ese dios que "el ritmo pierde", que apenas se puede sostener emprendiendo esa marcha agitada, desfalleciente, brutal, por los lugares creados para el hombre. Barbiverde dios sin parientes que nada puede hacer por

BREVE GLOSARIO A JOSE M. EGUREN

Por

SEBASTIAN SALAZAR BONDY

(Especial para "LA RAZON")

Sebastián Salazar Bondy, una de las figuras más representativas de las jóvenes generaciones intelectuales del Perú, nos ofrece un breve glosario sobre la obra poética de José María Eguren, la voz más pura de la poesía peruana.

El autor de esta nota tiene en su haber, no obstante su juventud, una honrosa y meritoria labor literaria. Bajo el signo de la Editorial Cultura Antártica publicó en unión de Jorge E. Eielson y Javier Sologuren el volumen antológico



él ni por nosotros. Nuevamente la burla. Ya no es como en el caso de los reyes rojos humanos la ironía a la refriega inútil que por siempre sostienen sino al

dueño despojado que apenas puede sufrir, cansado como está, su propia obra.

Sigue por las oscuras

y ciegas capitales de negros males y desventuras.

Allí es donde menos lo necesitan. ¿El dios que redime? No; el dios que pesa y pasa sobre Babel en la cual, con frenesí incansable, día a día se crean cadenas.

Continua ignorado por la región atea:

La región atea, la región de este dios que Eguren vistió con ropajes de mendigo lacerado. A lo mejor está entre nosotros, pero es inútil reconocerlo pues.

nada crea el dios cansado.

A DONDE VAN LOS MUERTOS

¿No se preguntaba el poeta a dónde iban los muertos? El poeta romántico se preguntaba eso agitado de dudas y pesares. Se lo preguntaba creyente, y convenido de que iban a una tierra prometida. Pensaba que la respuesta podía dejarlo tranquilo, en una paz noble. El poeta simbolista, el que duda y se atormenta porque las respuestas están dadas a cada paso por la gran alegoría mortal, sabe que caminos recorren aquellos que dejaron de existir que es dejar de morir.

Lentos brillan blancos por el camino desolado; y añoran las fiestas del día y los amores de la vida.

Camino desolado, sin virtud ni vicio, sin bien ni mal. Por allí van. ¿Pero hacia dónde? He aquí lo peor, la peor de las angustias:

van los lejanos caminantes por la avenida interminable.

Sin meta, sin fin, perdidos irremediablemente para siempre estos "lejanos caminantes". No hay que olvidar que el dios cansado también tiene ese destino y que los reyes rojos siempre, noche y día, se empeñan en combatir sin objeto. No hay esperanzas para ninguno. A la postre, dioses todos, dioses agotados, estériles.

CONCLUSION

Eguren sin esperanzas es nuestra época. Si recordamos que apenas sus contemporáneos reconocieron lo hermoso y limpio, lo sencillo y puro de su tarea sin estruendo, nos convenceremos que una vez más la voz veraz de la poesía quedó enterrada entre el holgorio fatuo de fuera. Perdida su misión, la poesía —y con ella el poeta— como la profecía tienen una verdad que solo los siglos nos obligan a atender. Verdad que cada vez se hace más rotunda y grave.